

# *Palique*

Leopoldo Alas

[Indicaciones de paginación en nota.<sup>1</sup>]

—[VII]→

## Prólogo

△▽

Más bien debiera llamarse *disculpa*; porque la necesitan, una vez lanzados al mundo, libros como el presente, sobre todo en estos tiempos de malsano prurito de publicidad impresa. Sobran libros, no cabe duda, en la literatura moderna; y si en otros países tal exceso en parte se cohonesto con la abundancia de lo bueno, en España, donde eso tanto escasea, resalta más el daño que nace de que se publique mucho malo.

No por malo, así en absoluto, aunque lo sea, sino por malo en cuanto baladí, insignificante, temo yo que se pueda tomar el —VIII→ original que para este libro doy a la imprenta. Quiero exponer algunas circunstancias atenuantes que, en mi sentir, pueden, en justicia mitigar los rigores con que cabría que fuese juzgada la impertinente pequeñez de este libro.

Lo llamo *Palique* para escudarme desde luego con la modestia; porque palique vale tanto como conversación de poca importancia, según la Academia, y con ese nombre he bautizado yo gran parte de mis trabajos periodísticos, algunos de los cuales entran en este volumen, y le prestan su rótulo, porque son los más de los coleccionados.

No faltarán linceos de los que a todo riesgo quieren que yo me ponga muy serio, que noten en este libro un *salto atrás* en la serie de mis obras; porque habiendo publicado en tomos anteriores, alguno de los cuales hasta osó llamarse *Ensayos y revistas, estudios* largos, de ciertas pretensiones críticas, ahora vuelvo, en la mayor parte de los escritos aquí reunidos, a las andadas —IX→ como quien dice, a la forma familiar, a la brevedad y ligereza del gacetillero; y, lo que es peor para muchos, a la llamada, bien o mal, crítica satírica con que no quieren transigir muchos escritores malos y algunos buenos. Los que quieran ver en esto decadencia, o retroceso, háganme el favor de no precipitarse; la publicación de este volumen, no quiere decir que no vuelva a escribir crítica sin sátira y todo lo *psicológico-sugestivo* y hasta *autobiográfico* que pueda; yo no reniego de esas maneras ni de esta otra que aquí predomina. Todo se andará.

Para mí, hay un exclusivismo erróneo, como la mayor parte de ellos, en el afán de señalar a la marcha de la crítica etapas en que sucesivamente vaya siendo legítima la de tal clase hoy, mañana tal otra. Cabe, sin que sea eclecticismo, el sincronismo de los varios géneros de crítica que son racionales y obedecen a facultades y fines respectivos. Hoy un crítico como Johnson, con las modificaciones necesarias, por razón del tiempo,

tendría no pocas tareas oportunas —X→ que emprender, particularmente en países de tanta anarquía literaria y de tan poca educación clásica (hoy por hoy) como el nuestro. A mi juicio se equivocan los que desdeñan demasiado por viejas las lecciones de la antigua retórica; y por experiencia aseguro que, sabiendo distinguir, y prescindiendo en los preceptistas clásicos de su aire dogmático, de su exclusivismo (pecado de antaño y de hogaño) y de su limitación, en ellos se puede aprender todavía no pocas cosas de observación, de gusto, de naturalidad y buen seso... que ignoran los muchos que en estos días desprecian todo lo que no está de moda, sin conocerlo. Imparcialmente se puede decir que en muchos pasajes de Quintiliano, v. gr.: en la epístola a los Pisones de Horacio; en las obras similares de Pope y de Boileau, hay algo y aun algos de gran oportunidad para ser hoy tomado en cuenta; de mucha enjundia y más pertinente a la verdadera literatura estética que v. gr.: las flamantes declamaciones político-literarias de Brandes —XI→ el danés y las clínicas de literatura teratológica del Lombroso alemán o sea Max Nordau, tan alabado por algunos. Cuando se empeñan ciertos críticos en que mire en Sainte-Beuve un maestro anticuado, yo recuerdo que, leyendo sus *Causeries du lundi* aprendí muchas cosas útiles, tuve ocasión de reflexionar mucho y me vi las más veces en plena crítica literaria, sobre todo cuando el autor no se inclinaba a tratar la literatura como sociólogo o político o fisiólogo...

«Ya no hay crítica», han gritado con efusión algunos autores. «La hay; pero ya no es lo que era -han dicho otros-; ahora la crítica no censura, no corrige el vocablo, no lastima el amor propio; es impersonal; como no hay un *canon* estético seguro, no juzga; analiza, compara, induce y deduce y hace otras mil diabluras; pero no le anda a uno con la sintaxis y le deja faltar a la lógica, y mucho más a la prosodia, asunto baladí para críticos que, con motivo de las letras, andan buscando las leyes —XII→ de la evolución social, y hasta las reglas de prognosis necesarias para mejorar la suerte de las clases desamparadas...».

Los que no conciben una crítica nueva sin que muera otra vieja, piensan cosas por el estilo:

«La crítica primero fue retórica, por ejemplo, con los clásicos, con los adoradores de Aristóteles y de Horacio, con los Johnson, los Pope, los Boileau, los La Harpe, los Luzán, los Hermsilla...».

Después fue erudita, histórica en el sentido clásico de la palabra, por ejemplo, con Villemain.

Histórico-anecdótica, con Sainte-Beuve.

Fisiológica con Taine, merced a su teoría de las influencias del medio, etc., etc.

Sociológica con Posnet, y en otro respecto con Guyau.

Científica, propiamente, con Hennequin.

Psicológica, con autores como Bourget, por citar uno sólo.

—XIII→

Subjetiva y humorística, v. gr., con Lemaitre.

Sensacional y *egoísta* con Anatolio France, v. gr., con Barrés, etc.

Creadora, artística, estética, inspirada, con los neoidealistas.

Teratológica con Max Nordau...

Política y liberal con Brandes...

*Et sic de cæteris.*

Está bien; todo eso es, a poco que se levante el brazo, legítimo y oportuno, a su modo y en sazón; pero a condición de que cada clase de crítica deje vivir a las demás, que son tan legítimas como ella; y a condición también de que se reconozca que siempre merecerán mejor que los otros el nombre de *crítica literaria*, aquellos géneros de crítica que sean: 1.º, *crítica*, es decir, *juicio*, comparación de algo con algo, de hechos con leyes, cópula racional entre términos homogéneos; y 2.º *literaria*; es decir, de arte, estética, atenta a la *habilidad* técnica, a sus reglas (absolutas o relativas). - Pensar que se puede prescindir de esta —XIV→ clase de crítica, es sencillamente absurdo. Toda actividad tiene un modo bueno de cumplirse y otro malo; el bueno es el conforme al fin de esa actividad, y para conseguirlo no hay más remedio que aplicar el medio adecuado; y esto sólo se logra por la habilidad que obedece a una aptitud y a una regla; la aptitud está en el artista, la regla se la recuerda el crítico, si el otro la olvida o la desprecia o no sabe aplicarla-. Decir que ya no hay *reglas* y sostener que todavía hay arte es un contrasentido. Se confunde por muchos la necesidad general de la regla con las *malas* reglas históricas, o con las que fueron buenas para tales circunstancias y ya no lo son para otras. Supongamos, por un momento sólo, que la estética actual fuera una verdadera anarquía, una confusión, pasto del escepticismo; todo esto nos haría creer que hoy no se conocía la *regla* verdadera, pero no que esta no exista. Como existe la justicia, aunque la filosofía del derecho ande tan a ciegas como dicen algunos que anda. La realidad —XV→ no deja de ser lo que es, porque nosotros tengamos de ella peor o mejor conocimiento. Cabe siempre decir: se equivocó este o el otro crítico, pero no cabe decir: ya no hay crítica, es decir *crítica* que juzga, que aplica reglas a resultados artísticos para compararlos con ellas. Reconocido esto, no hay inconveniente en admitir todas esas clases de crítica... que indirectamente se refieren al arte. Estudiar la influencia del público, del *medio*, etc., etc., en los autores, es legítimo; analizar las ideas y sentimientos que debieron de presidir a la realización del producto literario, es bueno y siempre oportuno; atender a la influencia de los organismos sociales en la forma de las literaturas (literatura de clase, tribu, ciudad, clan, raza, etc.), santo y bueno; escudriñar las causas y los efectos morales de la vida literaria, ¿por qué no?, relacionar el arte con el movimiento de la vida jurídica, particularmente en su aspecto político, labor excelente; examinar los elementos fisiológicos, los temperamentos, sus decadencias y empobrecimientos, —XVI→ en la vida y obras de los artistas, enhorabuena. Pero es preciso confesar que ninguna de esas es la crítica *inmediatamente* literaria, ni en general artística, ni ahora ni nunca; sino crítica etnológica, antropológica, sociológica, política, ética, etc., en *su relación* estética y particularmente literaria.

Esto no es cuestión de moda; es así eternamente, porque es racional, porque va implícito en los mismos términos que usamos al nombrar la cosa: *crítica literaria*. Cuando mi buen amigo el muy discreto y justo crítico de Barcelona, Sr. Ixart, en un trabajo reciente acerca de la crítica moderna, me alude diciendo que yo soy partidario de que se vuelva a la crítica artística; a la que atiende a la belleza de la obra, tiene razón sin duda, porque así pienso; pero es necesario hacer esta aclaración: yo no pido reacciones, saltos atrás; reconozco la legitimidad de casi todo cuanto se ha hecho en esos otros modos de crítica; yo he cultivado y cultivo, humildemente, alguno —XVII→ de ellos; es más, veo que en la práctica, en estos tiempos en que todos somos

un poco hombres de Estado, y otro poco teólogos, etcétera, etc., sin poder y aun sin querer remediarlo, hasta en los escritos de crítica pura se deslizan elementos de esas otras clases de crítica indirectamente literaria... pero no se mezclan con la crítica pura misma (que entonces no fuera *pura*) sino que van junto a ella como cuerpos extraños, de fácil distinción. No está el mal en que en un mismo artículo el escritor pueda ser crítico *propriadamente tal*, y también sociólogo, moralista, etc.; el mal está en hacerse pasar por *crítico literario* en el momento en que se está siendo teólogo, moralista, fisiólogo o lo que fuese. La famosa queja de Flaubert que yo he citado en otro libro, y que después vi con tanto gusto citada también por Guyau, será justa eternamente.

\* \* \*

### —XVIII→

Pues ahora bien; entre las maneras varias de la crítica *directamente literaria*, está sin duda la que yo me atrevo a llamar en broma, por lo que respecta a los epítetos, pero en serio por lo que toca al fondo, la crítica... higiénica... y *policíaca*.<sup>2</sup> Me explicaré.

Crítica higiénica, y *policíaca* fue la que ejerció Boileau combatiendo el mal gusto y los adefesios, en forma que no sólo dejara sentada la que él entendía ser buena doctrina, sino que tuviera una eficacia práctica, directa, del momento, sobre la vida actual de las letras en su país, mediante alusiones satíricas, y otros recursos legítimos, que trascendían de la pura especulación crítica, de la abstracción retórica para llegar al amor propio de quien merecía el castigo de malas obras. Perseguir el pecado y olvidar al pecador es muy santo y bueno cuando se trata de pura predicación moral; pero preguntadle al director de almas si —XIX→ para conseguir frutos de provecho no necesita él pensar en el pecador, este o el otro, un *individuo* precisamente, tanto como en el pecado mismo. -¿Qué se diría del Estado que se contentara con *predicar* sus leyes y no tomara medidas para asegurar su eficacia?

Si se me dice que de todos los modos de crítica este que hace de ella un negociado de higiene y de policía es el más enojoso, el de menos brillo y más disgustos para quien se emplea en tal oficio, declaro que pienso lo mismo; pero también creo que es de mucha utilidad, particularmente en países como el nuestro, donde la decadencia de toda educación espiritual, del gusto y hasta del juicio, a cada momento nos empuja hacia los abismos de lo ridículo, o de lo bárbaro, o de lo bajo y grosero, o simplemente de lo tonto. Recuerdo que Sainte Beuve, al defender ciertas instituciones y costumbres sociales, que en su concepto conservaban el buen tono de las letras y de la general cultura, advertía a sus lectores que nuestra —XX→ civilización es todavía cosa bastante superficial; que el hombre grosero en gustos e instintos pronto aparecía en nosotros a poco que se escarbara, y que las ventajas de la buena crianza moderna sólo se mantenían con esfuerzo y constante vigilancia. En España estamos o están muchos, despreciando los pocos elementos de verdadera cultura que tenemos; personas que hasta se tienen por hombres de Estado, desdeñan el tratar con sinceridad y seriedad completa los asuntos ideales y estéticos; y así, por ejemplo, profesan una religión en que no creen, o se declaran apóstoles de un radicalismo de cuya eficacia dudan; o alaban públicamente talentos y obras de arte que en el fondo desprecian; desdeñan las reglas pedagógicas en que fingen creer; se abstienen de llevar los gastos, del Estado por el camino del fomento intelectual que proclaman, teóricamente, indispensable; y con todo esto, la marea sube, cada vez se piensa y se lee y se siente menos; se vegeta, se olvida la

idealidad, se abandona la tribuna y la —XXI→ prensa a los ignorantes, audaces e inexpertos... y se aplaude lo malo, si intriga; y se crean reputaciones absurdas en pocos días; y es inútil trabajar en serio, ahondar pensando, ofrecer la delicadeza y el sentimiento en el arte. Nadie ve, nadie oye, nadie entiende nada; y los que pudieran ver, oír y entender, se cruzan de brazos, se ríen, como si fuese baladí todo esto. ¡Baladí, y esa marea que sube es la de la barbarie!

El que ame un poco a su país y ame la propia vocación ¿cómo ha de abstenerse de procurar en el terreno propio de esta vocación, enmienda a tanto mal, dique a inundación tamaña? Mi afición principal está en las letras, y, desde hace muy cerca de 20 años, burla burlando procuro ir contra la corriente que nos lleva a la perdición, tal vez dejándome arrastrar a veces, por más no poder, pero volviendo a luchar siempre que tengo fuerzas. Bien puedo decir que cuando más lucho es cuando escribo estos *paliques* que algunos desprecian, aun apreciándome a mí por otros conceptos; estos paliques que —XXII→ muchos tachan de frívolos, malévolos, inútiles para la literatura. Son inútiles por la pobreza de mis facultades, no por la intención, no por la naturaleza del género. Son crítica *higiénica* y de *policía*; son crítica aplicada a una realidad histórica que se quiere mejorar, conducir por buen camino. Así, hay ciertas reglas generales de conducta literaria que aquí no son aplicables, por excepción. Se dice con razón en general: la crítica debe estudiar lo bueno para ayudar a perpetuarlo; lo malo sólo merece olvido; ya se morirá por su propia inercia. En España, hoy, no hay tal; no rige eso. Aquí lo malo prospera, sube, florece, ahoga lo bueno, lo acoquina si se le deja. ¡Qué de famas irritantes, de escritores hueros, necios, vulgarísimos no ha habido que combatir, como quien apaga un incendio, durante estos veinte años! ¡Si yo sacara a relucir aquí ciertos nombres y repitiera lo que hace doce y quince años hubo que decir para negar que aquellos hombres fueran genios ni siquiera escritores de talento!

—XXIII→

Entonces sonaba a paradoja, a afán de distinguirse, a deseo de mostrar gusto difícil y descontentadizo lo que hoy ya parece vulgar de puro corriente y admitido. Los jóvenes de hoy aficionados a las letras no pueden figurarse qué trabajo costó convencer a críticos y gacetilleros de que no venían a salvar el teatro, o la lírica, o la novela adocenados autores que ahora no suenan a nada, pero que entonces se quiso colocar en el séptimo cielo. Críticos de cierta autoridad (que a su vez pasaban por eminentes sin serlo) veían, por ejemplo, el sol que nace, el genio que aparece en... el señor Cavestany, por su obra *El esclavo de su culpa*, que es un ensayo de colegio, lleno de ripios y vulgaridades.

Un Sr. Sánchez de Castro, que escribía dramas visigodos, también era sol; y Fernández Bremón, discreto revistero y gracioso inventor de cuentecillos, tenía *noches de gloria* como... ¡autor dramático! El señor *Shaw* iba a ser un Musset, en creciendo; Ferrari y Velarde ya lo eran... Pero, ¿a qué —XXIV→ voy tan lejos? No está más reciente el ejemplo de *Pequeñeces*? ¿No consiguió la estupidez entusiasmada que al muy discreto Padre Coloma, por excesiva reacción, algunos hombres de talento le negaran el positivo valor que tiene, le trataran con injusticia, por oponerse al torrente de la necedad boquiabierta que veía en «Pequeñeces» *mal año* para Balzac, y otros desatinos?

Y en tierra en que esto pasa ¿no ha de ser necesaria la crítica higiénica y de policía?

Y la policía ya se sabe que no consiste sólo en perseguir a los malhechores, sino en proteger a las personas honradas. Aquí no sólo hay que atacar a los malos escritores, sino que también es necesario *defender*, no sólo juzgar, a los buenos. ¿Qué pasó poco tiempo hace con Echegaray y Galdós enfrente de la crítica menuda de teatros?

Que luchando por esta causa hay que perder amigos, ya lo sé; que el medro de la propia fama no se consigue por este camino, por experiencia lo voy aprendiendo; pero, ¿qué importa?

—XXV→

Como en España los hombres de mérito, que consiguen legítimos triunfos en las letras, nunca *descienden* a la crítica, a la de actualidad a lo menos, y, fuera de honrosas excepciones, la sección de bibliografía y cosas semejantes está encargada en los periódicos a quien vale poco, aunque pretenda mucho, resulta que el crítico *policía* podrá tener en su casa cartas muy lisonjeras de los buenos escritores, pero los que manejan *lastrompetas* de la publicidad serán personalmente sus enemigos, mas o menos descubiertos; y, lo que es en los papeles públicos, cosechará, por los vientos que ha sembrado, desdenes, olvidos, pretericiones y frialdades cuando no descarados insultos. Yo, por ejemplo, porque no hay para qué abstenerse de citar con vivos, tengo contra mí la prensa *neocatólica*, la prensa *académica*, la prensa *librepensadora* de escalera abajo, parte de la juventud *ultrarreformista*<sup>3</sup>, la crítica teatral gacetillera... y en cambio tengo los cajones de mi mesa llenos de cartas cariñosas de ilustres académicos, de —XXVI→ grandes novelistas críticos y poetas... pero todo ello manuscrito.

Guiándose por estas señales, acaso, el famoso Gubernatis, autor de un conocido diccionario biográfico de escritores contemporáneos, no pudo averiguar respecto de mi insignificante persona cosa de más provecho que esta: que tengo muchos enemigos. Verdades; y siendo como son, Dios me los aumente.

Pero tales contrariedades valen poco para el verdadero amante de las letras que ha llegado a cierta edad, que es como llegar a cierto desencanto.

Otro inconveniente, y más grave, de la crítica *policíaca*, es este: que en ella hay que mezclar con las grandes ideas y los grandes nombres pequeñeces transitorias de la vida diaria; siendo crítica del momento, o mejor, para el momento, le pasa algo de lo que les pasa a las discusiones políticas, que el interés que tienen en su actualidad está en razón inversa de la duración de este interés.

—XXVII→

Yo sé de quien se abstiene de intervenir en la crítica corriente, higiénica, por este motivo, porque está fabricándose su rinconcito de *inmortalidad*, trabajando a destajo para la *posteridad*, y no quiere contaminarse con las minucias del pan nuestro de cada día. Quien así procede no recuerda cierta idea y cierta imagen de Renan que vienen muy a cuento: se dirige a los que con tal esmero cuidan de su fama futura y les dice que no pasten la hierba tan de raíz, que no apliquen los dientes tan cerca de la tierra... Es necesario dejar algo al azar en esto del renombre; tiene su gracia cierto natural descuido en este punto. Generalmente, los hombres que hoy más admiramos ganaron la inmortalidad pensando mucho en su tiempo, en sus cosas, y no tanto en lo que dirían de ellos los venideros. Dante y Shakespeare, sobre todo este, me parecen buenos ejemplos. Tampoco lo es malo nuestro Lope. Si los que pudiendo prestar buenos servicios a la

crítica de lo presente, no lo hacen por escrúpulos de posteridad, meditaran — XXVIII→ lo que acabo de decir, acaso vendrían a ayudarnos, y aun a dirigirnos, a los que, seguros de ser *efímeras*, y como el heno a la mañana verde, hablamos con todo desahogo de cosas tan transitorias como el crédito del P. Blanco, el *historiador* de nuestra literatura del siglo XIX, y *La Dolores* del Sr. Codina.

Sin embargo, como lo poco que uno vive es natural que quiera vivirlo bien, yo declaro que si viese tan grave daño en tener que tratar de asuntos pasajeros, me dolería mucho la ingrata tarea. Pero no hay tal. Lo que es muy de su tiempo, aunque dure poco, es lo que mejor sirve para ponerlo en conserva... histórica. Hay días, hay horas en los anales del mundo que valen por siglos. Además, como recuerdo de un tiempo, de un orden de sucesos, de un tipo de raza, de costumbres, de ideas, etcétera, etc., no se prefiere lo que ofrece longevidad, sino lo que ofrece *carácter*. No es el mejor tipo de una raza, por ejemplo, el que más duró, sino el que reúne en mejor — XXIX→ proporción sus principales caracteres. Pues bueno; en esta crítica... aplicada, en que van mezclados con la pura literatura los *escombros* de las cosas extra-artísticas en que los fenómenos artísticos que se estudian se produjeron, puede haber señales de los tiempos, caracteres típicos que más adelante acaso tengan un valor que hoy no conocemos, porque no nos colocamos respecto de ellos en el punto de vista arqueológico. Un ejemplo: las obras de Herondas o Herodas recientemente descubiertas, acaso valen, para la historia literaria de Grecia, sobre todo por los elementos *extra artísticos* que a ellas vienen pegados, gracias a su realismo popular principalmente...

Estos *paliques* míos pueden ser descubiertos dentro de siglos en cualquier desván o bajo tierra; en suponerlo no hay vanidad alguna, pues por poco que valgan valdrán tanto como un puchero roto, de esos que después de siglos se desentierran y valen a su modo. Tal vez entonces tengan estas menudencias de que yo hablo un —XXX→ valor arqueológico que ahora no podemos ni imaginar siquiera.

¿Quién me dice a mí que allá, en el siglo no sé cuántos, cuando los viajeros de Australia de que nos habla Macaulay, se paren frente las ruinas del San Pablo de Londres, no ha de haber una acalorada discusión entre los sabios acerca de si la orden de San Agustín pudo en época alguna, por decadente que fuera, admitir en su seno tan disparatados poetas como el P. Muiños y tan injustos, envidiosos y vengativos historiadores como el P. Blanco? Y descubiertos mis paliques se verá que sí: que vive Dios que pudo ser.

Para terminar: confieso que si yo mirase mi vida literaria en la perspectiva en que algunos amigos míos y condiscípulos miran su carrera de ministros o de... académicos, me abstendría de publicar este libro titulado *Paliques*; porque representa, en apariencia, un *salto atrás*; vuelvo en él a ser el Clarín que algunos no quieren que exista... Pero yo me entiendo: y unas veces —XXXI→ salto atrás y otras adelante, como un bombero en un tejado, que unas veces salta adelante para apagar el fuego, y otras veces salta atrás para no quemarse. Ni el bombero ni yo miramos nuestro oficio como los juegos del Circo. Ni el mundo es una pista, ni el fin de la vida *ganar un premio*.